



Más informados, pero ¿más sabios?

Un reportaje de *International Herald Tribune* (16-III-99) recoge las opiniones de James Billington, bibliotecario del Congreso de Estados Unidos, sobre los riesgos de la "Era de la Información".

CULTURA

Los expertos advierten que la Era de la Información podría convertirse en una época oscura de la historia humana. A diario, James Billington, el bibliotecario del Congreso, se preocupa de asuntos a ras de tierra como el modo de distribuir los libros en las estanterías o el almacenamiento digital de datos, pero también se plantea cuestiones más filosóficas, como ¿realmente toda esta información nos sirve para saber más?

(...) Hoy nadie puede leer todo lo que se publica. El mundo del conocimiento es un inmenso océano; lo único que puedes hacer es darte un baño de vez en cuando.

Sólo en Estados Unidos se publican más de 50.000 libros al año. En todo el mundo se publican unas 400.000 revistas. Pronto cada hogar tendrá acceso a cientos de canales televisivos. Internet tiene ya millones de sitios.

"Es muy significativo que llamemos a esto la Era de la Información y no la Era del Conocimiento", dice Billington.

Billington suscribe una fórmula: los datos en bruto se pueden transformar en información, la cual, después de mucho esfuerzo y valor añadido, puede elevarse al nivel del conocimiento, que es la base de la sabiduría. Pero afirma que en esta época de sobrecarga de información, podemos estar cami-

nando en la dirección equivocada. "Nuestra sociedad es fundamentalmente movimiento sin memoria, lo cual es, por supuesto, una de las definiciones clínicas de la locura", añade Billington.

(...) La biblioteca ha puesto muchos de sus preciados volúmenes, mapas y documentos en un buscador de Internet. En el negocio del conocimiento todo el mundo corre para no perder el tren de los nuevos hábitos de investigación.

El sueño de muchos bibliotecarios es que algún día todos los conocimientos de la civilización estén en Internet. Aunque ese día aún no ha llegado. (...)

Billington dice que las bibliotecas deben evitar que Internet se convierta en un simple vástago de lo que él llama "cultura audiovisual".

Afirma también que Internet reduce la capacidad de mantener la atención. Destruye la frase, fundamento del idioma inglés, con sus *chat rooms* multiladores del lenguaje. Y presta más atención a la información novedosa que al material más antiguo. Una persona puede navegar en Internet durante horas y no encontrar nada escrito antes de 1995.

"Esto destruye la memoria —dice Billington—. Piensas que estás consiguiendo muchísima más información, hasta que descubres que has pactado con el diablo. Has ido mutando lentamente y te has convertido en una prolongación de la máquina".

El encarnizamiento procreativo

La proliferación de técnicas de procreación artificial para responder al deseo de tener un hijo a toda costa, despierta cada vez más la preocupación de los científicos. Axel Kahn, genetista y miembro del Comité consultivo nacional de ética en Francia, expresa su inquietud en *Le Monde* (16-III-99), comentando algunos casos recientes.

FIVET

De nuevo nos encontramos aquí con un tipo de "experimentos sobre el hombre" sin experiencia previa suficiente que permita asegurar la inocuidad de la técnica. Inocuidad significa en este caso no sólo el éxito o el fracaso de la fecundación —en último término, esto no es grave—,

sino también y sobre todo calidad del niño que va a nacer: ausencia de malformaciones, ausencia de susceptibilidad a enfermedades, desarrollo psicomotor normal tras el nacimiento. Ahora bien, hay al menos razones teóricas para estar preocupados y, por lo tanto, necesidad de esforzarse en despejar es-

tas inquietudes antes de seguir adelante, si es el caso. (...)

El vértigo del éxito que experimentan los biólogos, que en los últimos años han realizado tentativas tan inciertas y sin embargo fructuosas, les impulsa a seguir implacablemente adelante; cada obstáculo franqueado les conduce a afrontar un nuevo desafío: ¿cada vez más fuerte... cada vez más insensato?

Hay que hacer notar que, si ese desafío se pierde, sus consecuencias no serán soportadas sólo por ellos, sino también por ese niño improbable e incierto cuyo nacimiento habrán provocado a pesar de todo, y por sus padres, por mucho que les haya cegado el irresistible deseo de descendencia biológica. En la historia de las empresas humanas todo indica que esta fuga hacia adelante provocará un día

catástrofes, experimentos “fracasados” en el hombre.

En 1947, tras los horrores a los que se habían dedicado médicos alemanes desviados, el código de Nuremberg fijó las condiciones en las que podrían realizarse experimentos con seres humanos. Se trata de un texto fundador de la ética médica moderna. Allí se recuerda especialmente que estas investigaciones deben basarse en conocimientos adquiridos en experimentos con animales, y que los riesgos corridos deben estar justificados por la importancia humanitaria del problema. Nada de eso se respeta en las tentativas inciertas a las que antes me refería. ¿Cuándo se aplicará el código de Nuremberg a la procreación médicamente asistida, a los experimentos con seres humanos?

Por su parte, el profesor Charles Thibault, uno de los nombres más prestigiosos de la fisiología de la reproducción, ofrece las “Reflexiones de un biólogo” en la revista *Gyn-Obs* (nº 401, 1-III-99).

Thibault advierte que, tras los éxitos logrados en la manipulación de gametos y embriones, “desde hace poco la idea de que todo es posible en biología trae consigo una impaciencia por parte de la pareja y del médico, que conduce de hecho a experimentar en el hombre sin la red de seguridad de la experimentación animal. Los riesgos asociados a la extensión de la procreación asistida se saben, pero carecemos de los conocimientos necesarios para reducirlos (...); la incertidumbre lleva a propagar genes defectuosos”.

“El papel de la ética es poner en guardia contra una utilización de los conocimientos actuales o de descubrimientos futuros que conducirían a robotizar

la reproducción humana y a desresponsabilizar a la pareja respecto a su descendencia y, a más largo plazo, respecto a la fertilidad humana”.

Para el profesor Thibault, la investigación debería centrarse en las causas de lo que llama “subfertilidad humana”. “A largo plazo, es una grave responsabilidad frenar por la contracepción la difusión de individuos fértiles y favorecer simultáneamente la difusión de anomalías genéticas responsables de la subfertilidad”.

El objetivo debería ser no sólo descubrir los genes “defectuosos”, sino corregirlos gracias a la terapia génica. “Entonces, el médico cumplirá su misión por completo”.

La era del desmembramiento

Mientras que antes el poder de un Estado dependía de su extensión territorial, ahora un espacio más pequeño puede ser más próspero, lo cual estimula las secesiones. Esta es la tesis desarrollada por Pascal Boniface, director del Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas, en el artículo “La prolifération étatique”, publicado en *Commentaire* (nº 84, París, invierno 1998-99).

POLÍTICA

Es bastante común en ciencia política afirmar que la época del imperialismo militar y de las conquistas nacionales ha cedido paso a una ardiente búsqueda de la prosperidad unida a una depreciación de las soberanías territoriales. Pero de todo ello hay que sacar una consecuencia lógica: una renovada contestación del principio mismo de soberanía en nombre de la prosperidad económica. El tiempo de las conquistas ha quedado atrás; su sucesora no es la era de la estabilidad territorial, sino la del desmembramiento.

“El infierno son los otros”, podrían declarar los secesionistas del mundo entero, deseosos de deshacerse de las regiones pobres del país, responsables de un PNB más bajo por habitante. A veces, la mayoría trata de librarse de una minoría considerada improductiva; en otras ocasiones, es precisamente

la minoría la que espera mejorar su suerte separándose de una mayoría indigente. En ambos casos la solución pasa por el “dejar caer” a los indeseables, con la esperanza de llevar una vida más confortable, una vez terminada la cohabitación.

La depreciación del factor territorial como elemento de poder viene a reforzar este fenómeno. Según Bertrand Badie, “el espacio geográfico constituye cada vez menos un factor de poder que justifique la puesta en marcha de costosos medios encaminados a su ampliación; el suelo no es, como fue en épocas anteriores, el principal proveedor de riqueza” (*La Fin des territoires*).

Cuando un grupo cultural o étnico comienza a hacer notar que el país descansa sobre sus hombros, podemos apostar sobre seguro que se está gestando un movimiento secesionista. Y la práctica da la razón al eslogan “*Small is beautiful*” (que parece ha-

ber sido creado para apoyar las reivindicaciones separatistas: “El éxito de Estados-ciudades como Hong Kong o Singapur ha demostrado que los cambios técnicos y la evolución de los mercados financieros permiten operar con eficacia incluso a pequeñas economías, siempre que éstas permanezcan integradas en un sistema global”, afirman Matthew Horsman y Andrew Marshall en *After the Nation State*. Las lecciones que se pueden sacar resultan aún más claras, si tenemos en cuenta que los incentivos de Singapur serían mucho menores en el caso de que el Estado-ciudad no se hubiese separado de la Federación de Malasia en 1965.

Así, por primera vez en la historia, el acceso a la independencia de Estados incluso minúsculos no se presenta como una rareza sino, al contrario, como algo benéfico desde el punto de vista económico. Si a ello añadimos las dificultades a las que se enfrentan las autoridades oficiales, e incluso su fal-

ta de voluntad, para conservar por la fuerza unas estructuras estatales más amplias, las razones de la proliferación de Estados comienzan a dibujarse. Kenichi Ohmae predijo en *The rise of the region-State* (“Foreign Affairs”, primavera 1993) el advenimiento de “Estados-regiones”, con una población entre los 5 y los 20 millones de habitantes, suficientemente pequeños para asegurar una adecuada redistribución de la riqueza entre los consumidores y los ciudadanos y, a la vez, suficientemente grandes para estar dotados de infraestructuras –comunicaciones, transportes– que permitan su participación en la economía mundial a escala global. Algunos, en México, comienzan a adoptar este razonamiento. Carlos Fuentes declara haber oído decir a más de una persona, con humor macabro: “En México hay 90 millones de habitantes. Si fuésemos sólo 30, ya formaríamos parte de los países más desarrollados del mundo”.

Los jóvenes son el futuro... y son cada vez menos

El periodista Karl Otto Hondrich reflexiona sobre el envejecimiento de Occidente, que puede acarrear una pérdida de dinamismo social (*Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13-II-99).

POBLACIÓN

La juventud es el tema favorito de la sociedad moderna, por eso es siempre apta para protagonizar titulares espantosos: unas veces por dejarse llevar en su idealismo por perversas doctrinas estatistas como el socialismo o el nacionalsocialismo; otras veces, como en 1968, por rebelarse contra las autoridades estatales. Cuando no se da ninguno de estos extremos, se la considera una generación “escéptica”. (...) Continuamente se habla de su falta de interés político, de su apatía, de su violencia o de su drogadicción. Ayer se la temía, hoy se la compadece (...).

Este tipo de “sociología de la preocupación” no está exenta de una cierta ironía. Los problemas de la juventud parecen cada vez más grandes e inquietantes, mientras que la juventud misma es cada vez más pequeña. (...)

La juventud está desapareciendo poco a poco y convirtiéndose en una minoría. Como las demás minorías, atrae considerablemente la atención del público y de los científicos. Desde el punto de vista de los mayores, la juventud parece cada vez más anormal y extraña. Esto no se debe solamente a su decrecimiento paulatino, sino también a que es una minoría muy especial: la juventud no es ningún grupo marginal, sino el corazón mismo de la sociedad. (...)

Constantemente se oyen expresiones como “la juventud es nuestro futuro” o “el futuro pertenece a la juventud”. Tomado al pie de la letra, eso significa que pronto el futuro pertenecerá sólo al 15% de la sociedad. Mientras, crece el porcentaje de los que están entrados en años y con frecuencia atrapados en las costumbres y enfermedades de una vida larga que no les permite mirar hacia el futuro, sino sólo echar una mirada atrás.

En las sociedades antiguas, la juventud formaba entre un 50% y un 70% de la población. Esto

ocurre también en otras muchas sociedades distintas de la nuestra. Quien viaje a Egipto, India o Perú podrá verlo con sus propios ojos: uno se encuentra rodeado de niños, de su sonrisa, de su ruido, de su movimiento, de su miseria, de su brusquedad, de sus esperanzas. Paradójicamente, las sociedades clasificadas como tradicionales están llenas de juventud y, por consiguiente, de futuro, mientras que las llamadas sociedades postindustriales, que se consideran a sí mismas como las más dinámicas y progresistas, apenas tienen juventud, es decir, personas con futuro. Tal vez por ello se habla aquí constantemente del futuro: como una fórmula mágica para olvidar lo que poco a poco se nos viene encima. (...)

Algunos creen que la solución es importar juventud de las sociedades prolíficas. La inmigración podría facilitar un acercamiento paulatino de los intereses y condiciones de vida entre los países industriales y los prolíficos. Así se espera que las sociedades industriales determinen el camino al futuro, y que las sociedades prolíficas se adecúen a él.

Sin embargo, no se puede importar la juventud sin importar también sus costumbres: unas costumbres acuñadas en una mayoría joven organizada en torno a una minoría de viejos sabios. Este tipo de tradición autoritaria le gustaría también a los ancianos aquí: los inmigrantes traen el respeto a la vejez que se ha perdido entre la juventud autóctona.

Pero esta esperanza se ve decepcionada en muchos casos. Los jóvenes inmigrantes se encuentran aquí con una mayoría de adultos que aparentemente actúan de una manera permisiva con la juventud pero que exigen de ella una disciplina interna y una responsabilidad que estos no conocen. (...) Los jóvenes inmigrantes quedan así atrapados en un conflicto cultural. No están seguros de qué reglas son las correctas. Llevan a la sociedad de los ancianos

una vitalidad sorprendente. No es ningún misterio que llamen la atención: como extranjeros y como jóvenes, como minoría dentro de la minoría. La sociedad de los viejos, con su creciente necesidad de silencio, califica de violenta cualquier agitación a la que no está acostumbrada. Al considerarse a sí misma como sociedad civil, reacciona alérgicamente contra todo aquello que pueda parecer insociable. (...)

En cualquier época han tenido los adultos el poder sobre los jóvenes. En las culturas prolíficas, la diferencia de poder entre las generaciones no es tan grande, porque cambian constantemente y la juventud siempre es mayoría. Por el contrario, en las sociedades postindustriales, cada vez más padres, abuelos y bisabuelos disponen sobre la vida de una prole cada vez más pequeña... y cada vez disponen durante más tiempo. (...)

Lo primero, comprobar los hechos

Hoy existe el peligro de que los medios, preocupados por llegar antes que la competencia, airear denuncias y provocar polémicas, se desprecupen de su primer cometido: comprobar los hechos. Es lo que advierten Tom Rosenstiel, director del Project for Excellence in Journalism, y Bill Kovach, responsable de la Nieman Foundation for Journalism, en un artículo publicado en *The Washington Post* (2-III-99).

PRENSA

(...) Como invertir en buscar información resulta muy caro, y el escándalo puede hacer que suban los índices de audiencia, gran parte de la llamada “revolución de la información” se mueve en el terreno de la especulación y la opinión, y no en el de obtener información.

Además, la continua espiral de noticias dificulta la verificación. El periodismo va camino de ser no tanto un producto elaborado como un proceso realizado en directo ante el público. Primero se afirma algo. Después, el presentador improvisa y especula hasta que viene la réplica.

El periodista, forzado a ir al paso de este vaivén, tiene menos tiempo para separar lo verdadero de lo falso, lo significativo de lo irrelevante. Al público se le da el trigo con paja, la materia básica. Se publican más “noticias”, pero salpicadas y sin apenas contexto.

Un periodismo de declaraciones no cribadas hace más difícil separar los hechos de las interpre-

taciones interesadas, la opinión de las insinuaciones, y hace a la sociedad más susceptible a la manipulación.

El periodismo es un foro de debate, pero el debate no saca a la luz la verdad, si no está basado en información precisa. Una polémica entre dos prejuicios no educa: sólo enciende pasiones.

Que haya más fuentes de noticias es bueno para todos. Pero esto resulta enormemente peligroso, si los periodistas lo entienden como una menor responsabilidad de comprobar los datos. Si algo implica la abundancia de fuentes, es que los periodistas tienen mayor responsabilidad, porque significa que hay más informaciones dudosas y más desinformación.

(...) Si quieren conservar su autoridad a los ojos del público, los periodistas harán bien en recordar el viejo adagio: en la duda, no publiques. Llegar el primero y equivocarse es peor que inútil. Es perjudicial, para el periodismo y para la sociedad. □